

A. G. PORTA

HORMIGAS SALVAJES  
Y SUICIDAS

BARCELONA 2017



A CANTILADO

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2017 by Antoni Garcia Porta  
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-69-3  
DEPÓSITO LEGAL: B. 24 075-2017

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

HORMIGAS SALVAJES Y SUICIDAS

9

### APÉNDICES

Cartas de ultratumba

213

Diario de un adicto al sexo

233

Querida Albertine

283

A veces una no sabe, querido coronel, por qué echa de menos un tiempo, una época, que en su momento no le pareció mejor que ninguna otra, pero a la que, sin embargo, le tiene un aprecio especial, posiblemente debido a las circunstancias que concurrieron en ella, a la gente que me rodeaba y, tal vez, a que pronto vayan a cumplirse cinco años y todavía no haya podido pasar página. Entonces le prometí un informe de la operación Hormigas Salvajes y Suicidas en la que participaron el inspector de policía José Blaya y el también policía Lalo Lucena, ambos jubilados, sin que durante este tiempo haya conseguido escribir una sola palabra, quiero pensar que a causa de no haber sobrevivido ninguno de sus protagonistas principales. Usted mismo nos dejó hará un par de años, aunque en mi imaginación todavía le vea en la brecha, viajando con Hanna, impartiendo seminarios y conferencias como solía hacer en sus buenos tiempos. Sin embargo, para mí, es como si hubiera transcurrido una década entera. He dejado el servicio de manera intermitente y he recuperado la discreta carrera de escritora que tenía medio abandonada. Mis antiguos compañeros siguen llamándome Albertine, el alias con el que usted me recibió el primer día, y con el que sigo presentándome por dondequiera que vaya, ya que parece que me queda bien, acaso mejor que mi nombre verdadero. Tal vez sea porque le echo de menos que quisiera dedicarle esta larga carta a modo de noticia—ya ve que prefiero quitarle ese aire oficial que transmite la palabra informe—sobre los últimos días del que había sido inspector de policía, José Blaya, y me gustaría ofrecérsela basándome en mis propios

recuerdos y en las grabaciones llevadas a cabo en la estación de vigilancia a la que mi padre y McGregor, a sugerencia del propio inspector, habían bautizado con ese extraño nombre de Hormigas Salvajes y Suicidas, y a quienes di apoyo, junto a los escuchas Boris e Iván, hasta la madrugada del día 25 de diciembre de aquel año 2007. En su ausencia, coronel, parece que esta historia no tenga mucho sentido, y creo que ha sido la falta de un sentido lo que me ha impedido escribirla hasta hoy. Tener sentido, no obstante, pertenece al orden de lo racional, y he de confesarle que quedaba en mí un resquemor, la sensación de no haber sabido cumplir con alguna clase de deber sobre el que nadie podría pedirme responsabilidades excepto yo misma; tal vez la peor de las exigencias: el sentimiento de un deber moral pendiente. Dicen que es bueno despedirse de los seres queridos, tome pues, coronel, este relato como el mejor homenaje que modestamente puedo brindarle, el modo elegido para devolver las cosas al lugar que les correspondía desde el principio, cuando al entrar de servicio una mañana de diciembre encontré al que había sido inspector de policía, Blaya—sumido, como luego supe, en la última prórroga de una larga enfermedad—, concentrado en un extenso relato a los agentes Braudel y McGregor, al primero de los cuales me permitirá que llame mi padre. Decía que era con ambos agentes con quienes Blaya acababa de establecer los objetivos de aquella misión y a quienes, entre ahogos y ataques de tos, y ostentando un brazalete negro cosido en la manga de la chaqueta, daba razón del escaso amor que le quedaba por la vida, aclarándoles que nada tenía la menor importancia, y que era mejor morir peleando a causa de una venganza que dejarse ir y terminar los días entre médicos en una cama de hospital o trasteado sin miramientos por las enfermeras y cuidadoras de una residencia. Eso decía Blaya a la vez que encendía un cigarrillo tras otro, y ésa fue la

idea que saqué en claro de este hombre ya viejo y acabado, en el ocaso de su profesión y de su vida, durante las más de dos semanas en que estuvimos vigilando el cuartel general—una enorme mansión, al otro lado de la calle—de aquella banda criminal a quienes convenimos en llamar los novios rusos. Con Blaya tuve la oportunidad de conversar largas horas mientras nos turnábamos en las guardias y mientras tosía en un rincón o se quedaba haciéndonos compañía para que nadie pudiera reprocharle nada, o quizá porque, a excepción de usted y de Lucena, ya no le quedaban más viejos de quienes despedirse. Fiel a su propia historia y a su manera de entender la vida, dijo haber resuelto cuáles iban a ser sus últimos pasos, consciente de que allí encontraría su fin, de que de todos modos no le quedaba más recorrido, y de que antes de que el cáncer de pulmón acabara con él prefería terminar con el sentimiento del deber cumplido y, aunque fuera por una sola vez, tener la oportunidad de hacerlo con las armas en la mano. Es de suponer que para matar aquellos ratos accediera a contarnos la historia de esos dos últimos años durante los que había mantenido una relación nada corriente, al menos desde su punto de vista, con aquel otro policía jubilado llamado Lalo Lucena, un personaje al que presentó como exageradamente peculiar, para quien nada había en este mundo comparable al arte del toreo, y que acabó entrando en acción, como dijo mi padre más tarde, a la manera suicida del torero Belmonte del que tan admirador era.

Para Blaya esta historia había comenzado a principios del año 2006, cuando usted, coronel, se cruzó en su camino, en pleno ataque de tos, justo a la entrada de los galgos de Concepción Arenal, y aunque hacía semanas que tosía reiteradamente no se le habría ocurrido pensar en ningún momento

que aquella tos y aquel encuentro, del que dudaba que hubiese sido fortuito, fueran el principio del final; de un final que en cualquier caso todavía iba a alargarse un par de años. Sin duda Blaya debió vivir aquel instante como si su sola presencia hubiese acabado con la rutina de la mañana y tal vez del día entero, como un todo que le sorprendiera absurdamente, porque si bien usted decía vivir retirado, según el ex policía no daba la impresión de haber dejado de trabajar ni un solo minuto. De eso fue de lo que hablaron, sentados en las gradas del canódromo, a cubierto, porque llovía y hacía frío, de los viejos tiempos, que es de lo que hablan los jubilados cuando se encuentran, y también de los viajes, de su empeño en escribir sus memorias y visitar los destinos donde habían transcurrido los episodios más importantes de su vida. Precisamente ése era el motivo que le había traído a Barcelona, porque en otra época había utilizado el canódromo para sus contactos, y ahora que había leído que iban a cerrarlo tenía prisa en poner por escrito sus recuerdos. Como solución para combatir el aburrimiento su plan no estaba mal, contó Blaya que había pensado, y opinó que también a él le convendría escribir las memorias de tantos años oficiando como inspector de policía. Probablemente unas memorias de menor calado, si había que compararlas con las de alguien que se había pasado la vida en medio de intrigas y conspiraciones por los entresijos del servicio de espionaje. Puesto a contar, también dijo de usted que le distinguía la misma elegancia y estilo de cuando le había tratado años antes y que se comportaba como si sus antiguos compañeros o conocidos siguieran en activo tras haberse jubilado. Insistió en ello porque usted había querido saber a qué se dedicaba él, todo un ex inspector de policía, a lo que le había respondido que se aburría todos y cada uno de los días, síntoma parecido a estar muerto, porque había aludido al acto de jubilarse con la expresión «pasar a mejor vida». Y men-

cionó que aquel día no sólo hablaron de los viejos tiempos, sino también de que a usted le inquietaba perder el contacto con la modernidad y no poder seguir el ritmo de los adelantos tecnológicos. Su visión descartaba bajar la guardia, porque no era hombre que pudiera renunciar a sus principios, y que ése era su modo de ver las cosas, la manera de sentenciar el pesimismo del propio Blaya, quien dijo haberle escuchado sin llevarle la contraria, por educación y por respeto a los galones, según sus propias palabras, y porque a él, como muerto viviente que era, ya no le importaba nada estar al corriente de lo que sucedía en el mundo, ni siquiera de lo que les ocurría a sus colegas; que coleccionaba esquelas y leía el periódico por rutina, sin ninguna razón aparente que sostuviera sus actos. También contó que en aquella época, aun sin tener conocimiento de su enfermedad, se sabía en el tramo final del camino, consciente de que nadie esperaba nada de él excepto que muriera y dejara de representar una carga para el erario público. Un caso diametralmente distinto al suyo, coronel, que ocupaba las horas preparando seminarios y escribiendo, y que lo hacía mostrando una envidiable energía. Para Blaya, eso no era más que una excusa, tal vez una extravagancia que le permitía rememorar el pasado, encontrar a viejos compañeros de armas y visitar los lugares en los que habían transcurrido sus mejores días. Asumió Blaya que a usted todavía le preocupaban las derivas de la política internacional; que primero creyó que exageraba cuando le puso al corriente de sus conferencias por los cinco continentes, que preferentemente versaban sobre geopolítica, había dicho, y que le ocultó las suspicacias que tenía sobre la verosimilitud de sus comentarios. Confesó haberle escuchado entonces por cortesía, mientras le mostraba ciertos rincones del barrio donde vivía, y dijo que fue mucho más tarde, a través de sus cartas y de las conversaciones que mantuvieron en París, que no sólo le creyó sino que le



incluyó entre los escogidos que le merecían alguna consideración. En todo caso lo que vino a destacar de aquel encuentro de los galgos fue el momento en que usted le habló de Lalo Lucena, quien el día anterior se había roto una pierna y esperaba turno en el quirófano del Hospital de Bellvitge. Que se lo contó mientras tomaban café y whisky para combatir el frío y las inclemencias de la lluvia, tal como dijo, en el bar Colombia, en la esquina de Fabra y Puig con Gran de Sant Andreu, donde, desde tiempos inmemoriales, un tal Silva y el propio patrón le llamaban capitán, a él que nunca había pasado de inspector, sin que hubiera habido manera de que eso cambiara, y no pudo evitar pensar que habría sido incluso hermoso escuchar cómo le daban la bienvenida, coronel, sin andarse por las ramas, utilizando directamente su graduación. Un capitán que no lo era y un coronel aparentemente en la reserva... Volviendo a ese Lucena que se había roto una pierna, dijo Blaya que fue como si de pronto hubiera regresado un fantasma del pasado, y añadió que al no tener nada que hacer, ni aquel ni ningún otro día, decidió acompañarle en su visita al accidentado, porque le sobraban horas y porque ya tenía esa sensación de estar de más. Todo eso dijo un par de años más tarde, cuando recordó aquella mañana como el inicio del más inesperado de los finales posibles, por más que luego, entre ahogos, mientras tosía y se palpaba aquel brazaletes negro recién cosido en el antebrazo de la manga, dijera de aquellos acontecimientos que se habían ido demorando con el paso de las semanas y de los meses. Y suponía haberlo recordado porque había sido allí, en el bar Colombia, donde le habló por primera vez de Lucena, y entonces, mientras rememoraba los detalles, comentó que en el fondo siempre había sabido que no se trataba de un encuentro fortuito, que usted lo había dispuesto todo para que así lo creyera.

Contó Blaya que Lalo Lucena, el accidentado, era otro ex policía jubilado, del que luego averiguaría la edad—sesenta y nueve años, un par más que él—, que vivía en una caravana dedicando su tiempo a dar vueltas de un lugar a otro con el único objetivo de sentirse activo. Que era un hombre de poca estatura pero corpulento, sin llegar a tener sobrepeso, y al que recordaba como un tipo un tanto extraño, aunque al principio no consiguiera acordarse del motivo. Si no andaba equivocado, con Lucena había colaborado en algún caso en el que usted estaba implicado de algún modo, y eso debía de ser así porque aquél servía de enlace entre sus respectivos cuerpos. Tal vez fuera eso lo que le mostraba ante sus ojos como un ser inclasificable; no saber si su empleo dependía en mayor medida de la policía o del servicio secreto. Así que dijo haberle acompañado, coronel, hasta los pies de la cama de Lalo Lucena, en la planta décima del Hospital de Bellvitge, mientras a éste apenas conseguían incorporarle unos centímetros para que pudiera tomarse la sopa. Compartía habitación con un octogenario al que se le había ido la cabeza y al que siempre vio flanqueado por una mujer que debía de ser su hija. Y dijo también de Lucena que seguía siendo un personaje especial, tan peculiar como lo había sido años antes, si bien ahora por otros motivos, aunque aquel día no habría sabido explicar exactamente cuáles, sólo que se le adivinaba. En la mano izquierda lucía un Rolex del que nunca le vio desprenderse, y que, de ser auténtico, reconocería Blaya más tarde, tendría sentido el cuidado que le dispensaba, incluso que no quisiera perderlo de vista en ningún momento. Siendo especial, repitió, aquel tipo también se encontraba solo en el mundo, y los síntomas de ello podían leerse en su rostro, satisfecho de tener a sus antiguos camaradas a su lado, junto a la cama, y fue ese detalle, tal vez superfluo, pero al que Blaya daba gran importancia, quizá por haber sentido

una gran proximidad con él, el que precisamente le unió a su destino. Por lo pronto, a Blaya le había sorprendido la familiaridad que existía entre ustedes dos, porque Lucena se le dirigía indistintamente como Paco o Resano, siempre tuteándole, y aunque él también le tuteara, precisó que solía interponer la palabra coronel, porque Resano o Francisco, no digamos Paco, le parecía una manera poco elegante de dirigirse a un superior. Al otro lado de una cortina a medio correr, la acompañante del enfermo al que se le había ido la cabeza les miraba con curiosidad. Aquel hombre no entendía por qué nadie servía el aperitivo a las visitas, y lo manifestaba repitiendo constantemente las mismas palabras: unas patatas y unas olivas, frase que solía proferir en un tono tan anodino que nadie podía saber si se trataba de un ofrecimiento o de una demanda. Lo recordó Blaya porque tiempo más tarde supo que aquel hombre había sido una de las víctimas del llamado Asesino de la Eutanasia. A su lado, mientras Blaya le daba la comida, Lucena no podía estarse quieto, principalmente a causa del dolor. Al contarlo, eso le provocaba al primero una sonrisa malévolamente que podía abandonar inmediatamente para seguir con el hilo de la narración, porque Lucena admitió que su dieta, a la que llamó rancho, podía mejorar, pero que lo peor no era el gusto o la textura, sino que se la tuvieran que poner en la boca. Eso dijo Blaya, al que le dio un ataque de tos mientras lo contaba en la estación de vigilancia y ponía de manifiesto que ya no tenían edad ni carácter para ser buenos enfermos, que Lucena protestaba por todo, y que parecía que lo peor que le había pasado en esta vida era que le pusieran una cuña para sus necesidades corporales. Cosas peores había comido, había confesado entonces, pero que tuvieran que ponerle la cuchara en la boca y que para su higiene personal una «niña» se le tocara con guantes de látex, eso le ponía enfermo.

A la mañana siguiente Blaya fue en busca de la caravana de Lucena, que permanecía estacionada frente a la playa de Castelldefels, adonde dijo haber llegado en taxi, acompañado por un conductor del Parque Móvil del Ejército de Tierra. Para empezar, aseguró que Lucena la llamaba caravana, pero que no era exactamente una caravana sino un pequeño camión con una casa adosada detrás, a medio camino de lo que la gente solía denominar autocaravana, aunque en su caso algo anticuada y desaliñada, en el límite de superar una inspección técnica, y quizá de salubridad, añadió. Como el caparazón de un caracol, dijo Blaya que había pensado al verla. Debajo del chasis, junto a una de las ruedas, justo donde Lucena le había indicado, halló la llave. Dentro olía a fritanga y abrió las ventanas para que se ventilara un poco. Se notaba que Lucena no había tenido tiempo de adecentarla porque la cama estaba por hacer y había restos de comida sobre la mesa. Llenó una bolsa de viaje con las cuatro pertenencias que su antiguo colega podía necesitar: un par de libros que decía releer constantemente, otras tantas mudas, calcetines, pantalones y camisas y un enorme acordeón que por su estado debía de haber sobrevivido a todas las guerras del mundo y al que había que prestar una gran atención, porque según su propietario era la joya de la corona de cuanto poseía. Junto a un ordenador portátil encontró un par de películas de pornografía barata a las que Lucena resultaría ser un gran aficionado, y apuntó que, a última hora, también incluyó media docena de novelitas del Oeste que halló encima de una repisa, y a cuyo legendario autor nos presentó de forma un tanto altisonante, remarcando nombre y apellidos: Marcial Lafuente Estefanía, como si hubiese encontrado allí un tesoro cuyo valor sólo unos pocos elegidos supieran apreciar. Nunca hubiese sospechado que tales obras circularan todavía por el mundo, señaló, y mucho menos que siguie-

ran publicándose. Contó que a un lado del armario había una trampilla de la que extrajo un estuche de piel con una Compact de la Heckler & Koch y su correspondiente munición; que se fijó en aquella pistola porque ciertamente era más moderna que la Star que él había venido usando, o no usando, para ser más preciso, a lo largo de su vida profesional; que lo guardó todo en la bolsa de viaje y vació los platos en la basura antes de que el conductor del Parque Móvil le ayudara a cargar las cosas en el taxi y antes de aconsejarle que no sólo limpiaran aquel sucedáneo de vivienda, sino que más les valdría desinfectarla directamente, y contó que entonces hizo esperar al taxista hasta que vio que la caravana se ponía en marcha y les tomaba ventaja camino de la autovía de Castelldefels. Fue allí, en el interior del taxi, donde anotó cuanto había sucedido en una de esas libretas de bolsillo que solía utilizar en su época de policía, y que había adquirido tiempo atrás cuando, ya en el lecho de muerte, su vecino le hizo prometer que se haría cargo de los canarios—una libreta que había servido para anotar las instrucciones para el cuidado de aquellos pájaros y para registrar las esquelas que llevaba tiempo coleccionando—. Luego diría que lo vivió como el reencuentro fortuito con un antiguo modo de proceder, como si de pronto hubiese regresado a la vida activa, casi sin pensarlo, como si tras su aparición, coronel, y la de aquel antiguo colega al que seguiría visitando en los siguientes días, acabara de entrar en una nueva dinámica; pero no en una cualquiera, sino en aquella que de algún modo había de romper completamente con su rutina de jubilado.

A lo largo de los días que siguieron a su primer encuentro Blaya visitó más de media docena de veces a su nuevo amigo en aquella habitación de la planta décima del Hospital